

INQUIETANTES

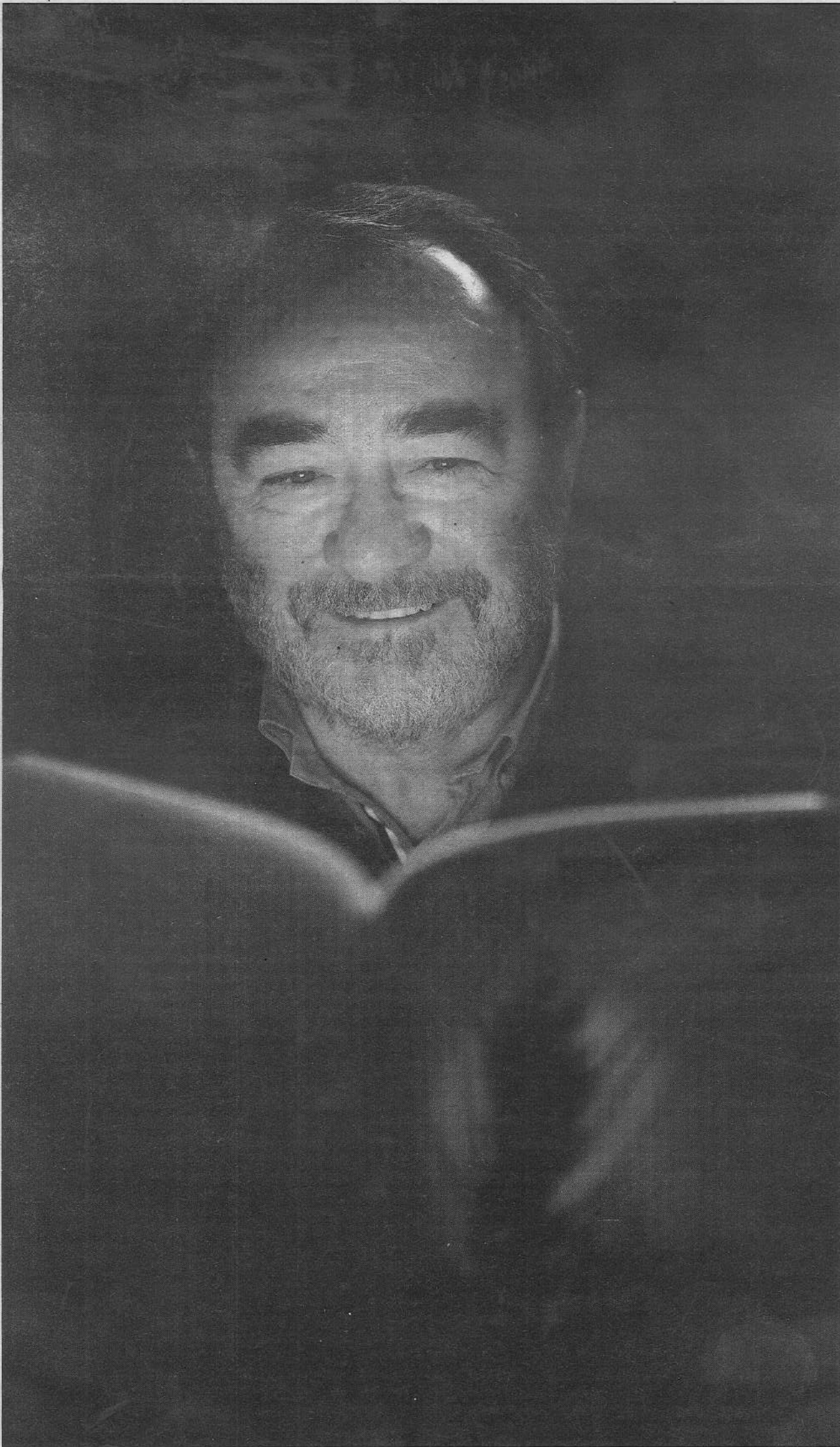


FOTO: JONATHAN TAJES

LUIS MIGUEL DE DIOS

CUENTOS ILUMINADOS



PACO ALCÁNTARA

La virgen de la lumbre es un relato que conmueve. No es difícil que surja un nudo en la garganta, como me ocurrió cuando cayó en mis manos. Está escrito para leerlo en voz alta. En familia. Al amor de la lumbre. Una historia que evoca la infancia, la edad de los cuentos. Un anciano narra a sus nietos un acontecimiento mágico, que sucedía todas las navidades en la casa de su abuelo. De la mano de Luis Miguel de Dios entras en una estancia en ruinas, llena de vivencias pasadas, y escuchas los recuerdos de ese hombre mayor al que se le aparece, por unos instantes, el alma su abuelo Eulogio. Junto a un fuego evocador, viví lo imposible a través de la imaginación y la memoria. El misterio del origen que no es otro que el misterio de la pérdida.

Todos tenemos una memoria más o menos evanescente de los cuentos que nos contaron. Luis Miguel ha ido trenzando en su primer libro, 'El llanto del trigo' (Agilice Digital, 2016), recuerdos, vivencias y ha puesto voz a seres cercanos que pueblan estos sucedidos. Como si quisiera apoderarse de su esencia, hurgando en las profundidades del ser.

La imaginación y la memoria del autor alimentan una escritura que lucha contra el olvido. Al menos para que muchos de estos personajes y territorios que salpican estos relatos, no dejen de nombrarse, de llamarse, ante la invasión de la trivialidad televisiva.

Un ramillete de doce relaciones ancladas en un territorio imaginario. Lugares que solo existen en las palabras y que sólo en ellas pueden habitarse. Territorios de irrealidad donde las palabras y los personajes procrean y edifican. Pueblos como Tabuyo del Agua, Vadeurz de Salvatierra, Montehinojos, Alba de las Fuentes o Grijalva de la Obispalía. Rincones por donde transitan unos figurantes con un destino marcado. El Quijotín, Ambrosio El Chichas, Mesio el Mustio, el Tío Zaparreales, el Tumbacarros, Antolín el Ansioso, Maniobras, el Semental. Almas sacudidas por la emigración, la muerte, la represión, la inocencia, la incomprensión ante la burocracia y las miserias humanas, presentes en todas las comunidades.

La palabra, explica Luis Mateo Díez, sigue siendo lo más propio de lo que somos, porque es difícil ser algo sin saber decirlo, sin saber contarlo. La palabra también es la materia del periodista. Contador de historias.

Ese es Luis Miguel de Dios. Un narrador que se embelena con el olor, el sabor y el tacto de la tierra. Un periodista de raza, convertido en fabulador, que plasma en un papel retazos de la memoria, salpicados de imaginación, para que no se pierda lo que ya no se encuentra. Siempre ha aplicado la máxima del buen profesional de la información: estar, ver, oír, compartir y pensar. Riguroso. Puntilloso. Eficaz. Conversador y polemista incansable. Con una memoria prodigiosa y una pasión, sin límites, por esa geografía, tan desamparada, llamada Castilla y León.

La escritura de estos relatos es cuidadosa, trabajada, aquilatada y anudada con mucha pericia, fruto de quien ha tenido el oído siempre atento al lenguaje. Alerta a cómo han hablado y hablan quienes mejor lo hacen, con sus conversaciones y con sus silencios, cuando se expresan. Los moradores del mundo rural. Personajes que huyen de ellos y a ellos vuelven.

'El llanto del trigo' se abre con las andanzas de un topo que se niega a perder su dignidad y prefiere enfrentarse a la muerte de frente; y finaliza con un peregrino impenitente que es acogido por una hospitalera que le muestra el milagro de la vida. Los frutos de la tierra. Todo estaba allí, en ese espacio melancólico que es el de la memoria, donde algunos, como señaló Milan Kundera, encuentran una razón para vivir en ese «accidente carente de sentido que es la vida».